

Corpo-Santo estaba en aquel momento tan pálido como su víctima, y el fuego que poco antes ardiera en sus pupilas parecía extinguirse poco á poco.

— Precisa que me escape antes de que cunda la alarma; — dijo, mientras que sus labios se plegaban con amarga sonrisa. — Esta era hermosa como ella sola, y fuerte, y brava. Pero me pegó, como su madre, y como ella lo ha pagado.

Amy parecía dormir en el suelo, mal envuelta en el albo peinador de lana. Los cabellos le formaban como una auréola en torno de la frente, y el collar de siniestro augurio, como si hubiese de pronto adquirido vida, rezumaba un poco de púrpura líquida que iba cayendo gota á gota en los bordados de la camisa y tiñéndolos de rojo.

IX

REGRESO DE VIAJE Y REGRESO DE FIESTA

Cuando Flavia, después de hacer sus últimas recomendaciones á su padre encontrado en circunstancias tan excepcionales, se dejó caer desde la cresta del muro en el interior del parque del hotel de Kerbiroët, encontróse, como poco antes se encontrara Corpo-Santo, en la terraza de circunvalación, y le bastó con inclinarse un poco para descubrir en la arena de la misma, la huella de las pisadas del desconocido. Siguiéndolas con prudencia, pero sin vacilaciones, llegó la mulata hasta la puerta de la cocina, por la que se introdujo con exceso de precauciones, encontrándose un momento después al pie de la escalera de servicio, por la que acababa de subir el hombre á quien perseguía.

Flavia, que quería ver sin ser vista, siguió andando hasta dar con la escalera principal; en la meseta del primer piso reparó en una puerta-ventana que abría sobre un balcón, ancho y corrido, que más parecía terraza común á varias habitaciones, á las cuales podía entrarse desde él, y resueltamente, procurando ahogar todo ruido, abrió aquella ventana, salió al balcón, unió como pudo las hojas de la puerta, y dióse á recorrer lo que ella hubo de llamar camino de ronda, temerosa tan sólo de que el sol, que daba ya de lleno en aquel sitio, pudiera descubrir su presencia á las gentes del hotel.

Mirando á través de una persiana, vió Flavia, en el interior de una de las habitaciones una persona que se desnudaba. ¿ Era el hombre á quien perseguía? No, éste no hubiera escogido, para entrar en su casa, un camino tan desusado como la cresta de un muro. ¿ Su querida tal vez? La cosa era más verosímil. Pero tampoco era lo cierto, pues mirando mejor, Flavia vió que la persona que se desnudaba estaba sola, y que era una mujer, muy bien hecha por cierto, á la cual, por más que hizo, no pudo verle la cara.

Cuando la mulata, desesperada por no serle posible satisfacer su curiosidad disponíase á seguir su ronda curioseando á través de otras ventanas, un ruido seco, que resonó de pronto, la obligó á detenerse.

— ¡ El americano! — balbuceó palideciendo. — Y yo que olvidaba...

Miró de nuevo al interior de la habitación y pudo ver que la joven á quien viera desnudarse, cubierta con un peinador blanco, se lanzaba al corredor.

— También ella ha oído el golpe — pensó Flavia. — Lo que hay es que no sospecha, como sospecho yo, quién ha podido producirlo... ¡ Adelante! Tal vez esa pobre mujer está en peligro de muerte... veamos...

Persuadida de que el hotel estaba habitado y temerosa de que su sombra, proyectada en las cortinas de las ventanas, pudiese acusar su presencia y ser causa de que la detuviesen, la mulata reanudó su marcha, encorvada, acostándose casi completamente cada vez que tenía que pasar delante de unos cristales.

De pronto se detuvo. Hallábase frente á una ventana enrejada. ¿ Qué significaba aquello? ¿ Por qué tales precauciones? ¿ Había acaso algún prisionero en aquel hotel? Todo esto se preguntaba Flavia, no acertando, como es natural á contestarse, por lo que se decidió á mirar á través del enrejado hacia el interior de la habitación. En ésta vió á un hombre, y observó que se enderezaba de pronto. Era que en el cuarto acababa de entrar una mujer, en la que Flavia reconoció á la que viera desnudarse, gracias al peinador con que hubo de cubrirse para salir en averiguación de lo que motivara el ruido que á ambas sorprendiera poco antes.

Como la mulata, sin exponerse á ser vista, no podía permanecer indefinidamente asomada á la parte exterior del enrejado de la ventana, hubo de retirarse á un lado, limitándose á deslizar de cuando en cuando una mirada hacia el interior de la habitación. En una de estas indiscreciones pudo ver de frente al hombre. ¡ Era él! ¡ El del antifaz rojo! El mismo del restaurant Baratte; en una palabra, el jefe de los degolladores de mujeres... ¡ Por fin lo tenía! Pero ¿ qué significaba aquella actitud humilde, casi temerosa, en presencia de una mujer? ¡ El tigre con miedo; el tigre tembloroso! ¿ Qué quería decir, y qué significaba tal escena? Flavia no podía oír lo que se decía allí dentro, pero érale dado ver. Y así observó cómo pocos minutos después la escena cambiaba por completo, volviendo el tigre á mostrarse como tal en presencia de su víctima indefensa. Para la mulata la duda era imposible. Un drama espantoso se desarrollaba en aquel cuarto. El hombre, *el carnicero de mujeres*, pues su identidad era cosa indiscutible en concepto de la muchacha, acababa de abrir una navaja. En la cara bestial del monstruo podía leerse claramente la suerte que estaba reservada á la inocente criatura mal envuelta en un albo peinador. Deseando por lo menos retardar el golpe mortal, ya que impedirlo le fuera imposible, Flavia quiso gritar, pero la voz hubo de ahogarse en su garganta contraída por el horror y la rabia de su impotencia. Entonces se agarró á la reja sacudiéndola violentamente para llamar la atención de alguien. Trabajo inútil. En el mismo momento en que, recobrada al fin la voz, pudo lanzar un grito de espanto, la víctima se desplomaba al golpe del asesino.

Corpo-Santo oyó aquel grito; con la rapidez del rayo lanzóse á la ventana y solo llegó á tiempo para ver la sombra de la mulata que huía, desliziéndose á lo largo del balcón corrido. Del otro lado, es decir, del interior del hotel, llegaba ruido de voces, de puertas que se abrían, de pasos precipitados. Enrique cerró la del pasillo, por donde entrara su víctima, corriendo enseñada el cerrojo, y después de recoger en el suelo, de entre los fragmentos del péndulo de bronce, los paquetes de billetes del Banco antes desdeñados, salió de aquella

habitación por la puerta lateral recayente á la biblioteca. Al penetrar en ésta pudo oír distintamente el ruido de una llave dando vuelta á una cerradura.

— ¡Estúpidos! — pensó el conde. — Debisteis encerrarme en el cuarto del tesoro, pero no en éste, donde las ventanas no están enrejadas.

Luego de contemplar con avidez por espacio de un momento la avenida del Bosque de Bolonia desierta todavía, pasó al balcón, añadiendo con aire despreciativo.

— Yo sé que este camino no es el que debería seguir, pero puesto que no hay otro practicable...

El lector se preguntará seguramente cómo el hotel del marqués Trogoff, ocupado en el momento del crimen por el criminal, la víctima y la hermana de ésta, que dormía, pudo de pronto llenarse de gente y de rumores, impulsando estos últimos á Corpo-Santo á buscar en la fuga su salvación. Vamos á decirselo.

El grito arrojado por Flavia la mulata en el momento en que la navaja de Enrique tocaba el cuello de Amy no fué oído tan sólo por el criminal. A ese grito había respondido, en la avenida del Bosque, otro, mejor dicho, otros dos, lanzados por dos hombres, que no iban por cierto juntos. El que de ellos se encontraba más cerca del hotel en aquel momento era Jaffary, el estudiante protegido por la vizcondesa, tímido enamorado de la delicada Yvona. Las sospechas que conciviera al salir del restaurant, habíanle llevado hasta allí. Oír el grito, y precipitarse hacia el hotel atravesando el cuadro de césped de la avenida todo fué uno; por desgracia, su deseo de prestar socorro se estrelló ante la puerta cerrada, y allí hubo de detenerse el joven.

Desde lejos había parecido ver en el balcón una forma humana, aunque no estaba muy seguro de ello. En cambio no tenía duda de que otro grito resonó detrás de él al oírse en el gran silencio matinal el que partiera del Hotel. Ahora escuchaba el galope furioso de un caballo, chasquidos de látigo y el rodar de un coche.

De pronto cesó el ruido, y Jaffary presenció una cosa extraña. Un hombre lanzado á la carrera con la fuerza de una catapulta pasó junto á él sin verlo siquiera y fué

á estrellarse con tal impetu contra la puerta pequeña del hotel que ésta cedió en el acto, sin resistencia alguna, impotente para resistir á la presión del formidable choque.

Jaffary ahogó un grito de admiración:

— El doctor A... — balbuceó sintiendo crecer su admiración. — ¡Es el doctor A...! Pues con ese hombre aquí, el conde, suponiendo que sea el conde quien ha venido á esta casa á hacer de las suyas, ya puede prepararse...

En aquel momento deteníase un coche ante la puerta abierta poco antes por el bolido viviente, y Jaffary se apartó para dejar paso al marqués Trogoff de Kerbiroët que dejaba el carruaje.

— ¿Usted aquí? — le dijo el viejo gentilhombre. — ¡Sin duda Dios le envía! Entre usted y ayúdenos á salir con bien de este mal paso. Allí cree que hay peligro...

Sin hacerse repetir la orden, precipitose el joven á la escalera y subió los peldaños cuatro á cuatro procurando alcanzar al doctor A... que corría ya por el primer piso.

— El marqués ha dicho *Alí*, pensaba. — ¿Será el doctor, *Alí-Akmet*, el *Shaif*, como yo he pensado más de una vez desde la otra tarde? ¡Pobre conde Enrique en ese caso! Porque nadie me quita á mí de la cabeza que ese hombre es el capitán de los *Cristal-Daggers*.

Así pensando llegaba Jaffary al primer piso, cuando un estruendo formidable resonó en el extremo opuesto del corredor que comenzaba á recorrer. Era que la puerta del cuarto del marqués saltaba entera de sus goznes al irresistible impulso del hombre férreo del doctor. Lanzose el estudiante hacia aquella parte y llegaba ya al hueco luminoso abierto por la fuerza, cuando una exclamación, en la que se adivinaba á la vez el dolor y la rabia, lo clavó en el sitio en que se encontraba, junto á un hueco al que casi hubo de lanzarle el paso impetuoso de una verdadera tromba.

— ¡Ah, ese doctor!... ¿Qué hombre más terrible! balbuceó entre dientes. — Echa fuego por los ojos, y sus músculos deben ser de hierro... No hay nada que le resista. ¿Pero qué es lo que llevaba en brazos? ¿Un paquete blanco?... Me ha parecido un cuerpo, un cuerpo

de mujer... Y algo rojo, sangre, sin duda... ¡ Ah, si fuera la señorita Amy!

Una mano fría se puso en esto sobre la suya, y una voz murmuró á su oído :

— ¿ Quiere usted explicarme, señor Jaffary, porqué le encuentro á la puerta de mi cuarto, y cuál es la causa del ruido que se oye por aquí?

Volvióse el joven, un tanto sorprendido.

Su estupefacción subió de punto al encontrarse con Edmée, vestida con su traje de tiradora. Sabiendo que en el hotel sólo se encontraban su hermana y ella, habíase armado de la espada de honor que cumpliendo su promesa le regalara Jorge de Mercœur.

— Hable usted de una vez; — exclamó la joven con impaciencia. Pregunto á usted qué es lo que motiva su visita á esta hora, porque me preocupa tanto como los gritos y el ir y venir que se oye por aquí, y el combate de los que están en la Avenida.

— ¿ Ah, pero se baten en la Avenida? — se apresuró á preguntar el estudiante, quien no deseaba extenderse en explicaciones que forzosamente habían de alarmar á la pobre Edmée. — Pues mire usted, es extraño; hace un momento no había un alma en las inmediaciones del Hotel.

Edmée se encogió de hombros. No esperaba nada de la conocida timidez de Jaffary. Volviendo la vista hacia la izquierda, señaló á Flavia la mulata, ocupada en cerrar con llave la puerta, y dijo al joven :

— Puesto que nada puede usted decirme averigüe al menos qué es lo que hace esa mujer á la cual veo por la vez primera.

Ella se dirigió hacia la derecha, llegando á la escalera principal en el momento en que el marqués subía los últimos peldaños.

— ¡ Qué sorpresa, buen papá! ¿ De vuelta ya á estas horas? — dijo presentando su mano libre en la que se apoyó el anciano, cuya cara descompuesta y movimientos penosos probaban que ya no estaba el pobre para soportar fatigas como la del rápido viaje á que se condenara él mismo voluntariamente.

— ¿ De modo que en realidad ha ocurrido aquí una desgracia? — preguntó con voz emocionada.

— ¿ Una desgracia? ¿ De dónde saca usted eso, buen papá?

— No sé... La verdad... Pero si nada hay que temer, ¿ para qué esa espada?

Edmée se ruborizó, comprendiendo que puesto que nada ocurría, su traje y su arma tenían no poco de ridículo en aquel momento.

— Pues... lo cierto es que no sé porqué me he puesto así — dijo con embarazo. — Tal vez porque me he despertado soñando con algún asalto; pero ¿ y Ali? ¿ No viene con usted?

— Sí, y precisamente el no verlo aquí con Amy es lo que me hace estar aún poco tranquilo.

— ¿ Amy? Amy debe estar durmiendo como un tronco.

— ¡ Quién sabe! Y luego, ni un criado. He llamado á Pedro, á todos, y nada. Como si se hubieran muerto. Como que por lo visto, ni siquiera han oído el ruido de la puerta rota por Ali.

Edmée no se atrevía á confesar que su hermana y ella tenían gran parte de culpa en la ausencia de los criados.

— ¿ Ali ha roto una puerta? — se limitó á preguntar.

— Sí, y me extraña mucho que no se le vea ni se le oiga después de haberse apresurado tanto y de hacer tal estrépito. Hemos venido en coche, y bastante aprisa, aunque parezca extraño tratándose de un carruaje de alquiler. Desde la estación Montparnasse Ali me parecía agitado, calenturiento; cualquiera hubiese dicho que presentía algo... ¡ Qué manera de apresurar al cochero! Pues has de saber que tal vez tenía razón. Figúrate que cuando faltaban unos quinientos metros para que llegásemos al hotel resonó de pronto un grito estridente... Miramos por la portezuela : en el balcón había alguien.

— ¿ Un grito? — interrumpió Edmée. — ¿ Será el mismo que me ha despertado?

El marqués continuó :

— Verás : Ali, sin hacer parar siquiera el coche saltó de él exponiéndose á romperse los huesos, aunque los tiene duros de veras. Salió disparado y pasó como una flecha por delante del joven Jaffary, cuya presencia en este sitio y á estas horas no debe ser casual, digo yo. Y eso es todo. Pero no estaré tranquilo hasta que no haya

visto á Amy. ¿Quieres tener la bondad de decirle que dentro de un momento iré á su cuarto?

Oyendo hablar al marqués, en el alma de Edmée comenzó á germinar la idea de que tal vez el anciano no se equivocaba y que muy bien podía haber ocurrido una desgracia de que ella se hallaba ignorante.

— Pero, fuera del hotel, ¿no ha visto usted nada, no ha oído nada? — preguntó ella en vez de contestar.

— Al subir me ha parecido oír ruido, procedente de aquí, del primer piso... y hasta hubiera jurado que algunas personas se peleaban en la calle, bajo nuestras ventanas... Pero ahora, ahora estoy cierto de que alguien sube... ¿no oyes?

Edmée se inclinó sobre la barandilla de la escalera.

— ¡Válganos Dios! — exclamó. — Son nuestros criados. No haga usted caso de sus trajes, buen papá, porque se han disfrazado... Lo particular es que traen un herido... ¿Quién será?

Así era en efecto. Edmée no se había equivocado al asegurar á Jaffary que en la avenida debían haber reñido algunas personas. He aquí lo que sucedió.

Acababa apenas de entrar en su hotel el anciano marqués, siguiendo el mismo camino que pocos momentos antes siguieran Ali-Akmet y Jaffary cuando un grupo de máscaras que á juzgar por las señales debían haber libado copiosamente desembocó con estrépito de risas, cantos y voces, de la calle Leroux. Era una banda alegre compuesta por cuatro parejas é integrada en absoluto por el personal de escaleras abajo de la casa del marqués, al que á instancias de la incendiaria Claudina hubo de unirse Jaime, el ex-compañero, por fuerza, de la baronesa Lampessadas.

Los disfraces de aquellas buenas gentes estaban en lamentable estado, y las caras parecían tan ajadas como aquellos. Efectos naturales de toda una tarde y una noche de diversión ininterrumpida. Pedro, el gran Luís XIV de antesala, abandonado por su Pierrot consolábase haciendo la corte á Susana, la lava-platos disfrazada de amorcillo y acostumbrada á moverse en agua pringosa. Claudina y Jaime entendíanse á maravilla, con grave perjuicio de Noric cuya imagen debía aparecer un tanto borrosa en el

cerebro y en el corazón del hasta aquel momento fiel adorador platónico de sus encantos. El cochero y la costurera de blanco afiliada al ejército de salvación en todo pensaban menos en predicar la moral, con el ejemplo al menos, aun cuando se guardaban bien de contemplar al cocinero-jefe, quien se conducía de modo reprehensible con su clown-hembra, la gentil Pauleta cuyo traje, abierto y descosido por todas partes, era algo así como mudo testimonio de la heroica defensa opuesta por la joven á los rudos ataques que se dirigieran á su virtud.

Hastada de placer pero alegre aún, la banda se alineó en correcta formación á lo largo de uno de los paseos laterales de la avenida, obedeciendo órdenes de Claudina, quien había tomado de oficio el mando en jefe, y ya formada, entonaron, ó mejor dicho, desentonaron los que la componían un canto báquico que era lo que había que oír. ¡Singulares efectos los de la bebida! Aquellos criados, que en el pleno goce de sus facultades mentales no se habrían permitido semejante libertad ni aun en ausencia de su amo — y todos le creían ausente en aquel momento — cantaban á voz en grito precisamente bajo las ventanas del palacio habitado por sus señores.

— ¡Sebo, sebo! — les gritó un cochero que se retiraba, el mismo que acababa de dejar al marqués en su hotel. Y entre criados y automedonte cruzáronse por un momento infinidad de insultos, amenazas y palabras gruesas, hasta que ya lejano el carruaje, la voz de Claudina dominó el tumulto.

— ¡Silencio! — ordenaba la muchacha. — ¡Silencio y todos aquí! Mirad, mirad... — y señalaba al decir esto hacia un balcón. — Ahí tenemos á un compañero que parece que tiene prisa de reunirse con nosotros... ¡Como que busca el camino más corto, el de los pájaros!...

Todas las miradas se dirigieron hacia uno de los balcones en el que acababa en efecto de aparecer un hombre de elevada estatura, envuelto en una capota, y oculto el rostro con un antifaz rojo. Como si no viese á nadie, ó como si los mascarones que se agitaban debajo del balcón le tuviesen sin cuidado, el hombre saltó por sobre la balastrada.

— ¡Está loco, está loco! — gritó el cocinero obser-

vando que el del balcón se agachaba hasta sentarse casi sobre sus talones. — ¿Pero no ves que no hay escalera, hombre? Sí, que si quieres, como si le dijera truco... ¿Pues no salta el muy animal?... ¡Cuidado Jaime, que te revienta!...

Excelente era el aviso, pero llegó un poco tarde. El hombre del balcón, ladrón ó loco, parecía hallarse, sin duda alguna, dominado por la impaciencia de alejarse cuanto antes de aquel sitio, y si se sentó sobre sus talones lo hizo con el solo objeto de disminuir en lo posible la altura del salto que debía dar y que dió en el preciso momento en que el cocinero hacía su filantrópica recomendación. Posible es que, atendiendo ésta, el bretón se hubiese apartado á tiempo para no servir de colchón al saltador, pero á Claudina se le ocurrió la desdichada idea de atraerlo por fuerza hacia ella.

— No, eso si que no, — decía él sin comprender la idea que presidió al movimiento de su compañera, y procurando, no obstante hallarse á medios pelos, guardar intacta su virtud. — He prometido fidelidad á mi Noric, para que lo sepas...

El bretón terminó la frase con un enérgico « ¡Maldito sea! » al mismo tiempo que rodaba por el suelo en compañía del desconocido del balcón que acababa de caer sobre sus espaldas con tal pesadumbre que ni un buey hubiera podido resistir el choque.

Levantáronse al mismo tiempo. Ni un pliegue siquiera del vestido del conde — el lector ha comprendido ya que se trata de él — parecía descompuesto; el cuello de su capota continuaba levantado ocultándole la parte del rostro que el antifaz dejaba al descubierto. En cambio el joven bretón hallábase lleno de polvo y lo que es peor de contusiones, y meditaba, al levantarse, una venganza.

— ¡Buena la has hecho, Jaime! — balbuceó Pedro. — Ya puedes comprarte otro paraguas que lo que es ese no vuelve al pueblo.

Era verdad. En cualquier otra ocasión, quizás Pedro no hubiera dicho una palabra acerca del accidente; pero sabedor del cariño de Jaime por el mueble de familia que él llamaba paraguas, quiso vengarse del que él consideraba como rival suyo, amargándole un poco el rato. Y

consignó su propósito. Jaime hubiera tolerado que le rompiesen la cabeza; pero romper su paraguas... ¡Ah, eso si que no!

Acababa de levantarse del suelo el conde de Corpo-Santo y pretendía dirigirse hacia el carruaje que se alejaba de vacío, cuando oyó tras sí algo como un mugido de cólera que le obligó á volverse y aun á ponerse á la defensiva. Á tiempo lo hizo, porque Jaime, que deseaba hacerle pagar la pérdida de su instrumento favorito, el gigantesco paraguas rojo, llegaba sobre él baja la cabeza, como toro que se dispone á cornear, sin que ninguno de sus compañeros hubiese intentado siquiera detenerle.

El conde esperaba la catapulta á pie firme.

Y pudo verse cómo en el momento del choque entreabría su capota bajo la cual ocultaba la mano derecha.

Hubo entonces un ruido semejante al que producen dos cuerpos duros al chocar el uno con el otro, y contra lo que era de esperar vióse al bretón rodar en el polvo quedando extendido y sin movimiento.

El conde no había hecho, sin embargo, el menor gesto de defensa. Su triunfo no podía explicarse sino por arte de magia. Hubiérase dicho que entre su pecho y el cráneo del campesino se había interpuesto una coraza invisible y sonora.

La estupefacción de los testigos de aquella escena era enorme. Aprovechándose de ella, Enrique, que había saltado por la ventana deseoso de escapar á los que le perseguían dentro del hotel, alcanzó el coche y á él subió rápidamente, diciendo al cochero, testigo maravillado de sus proezas:

— Andando; por el Arco de la Estrella. Cinco luises de propina.

De este modo terminó el épico encuentro que Edméé presenciara, en parte, desde la ventana de su habitación; por eso había suplicado la indulgencia del marqués para los disfraces de sus servidores, al ver subir á éstos con un herido, pues en otra cualquiera circunstancia aquella notable transgresión de las severas costumbres de la casa habría sido castigada con rigor.

¿Quién es ese hombre? — preguntó el anciano gentil-hombre inclinándose sobre la barandilla de la escalera

y señalando con el índice el cuerpo de Jaime que conducían el cocinero y el cochero.

Al ver á su amo, cuya presencia ignoraban todos, la embriaguez de los criados se disipó como por encanto.

— Señor marqués, — contestó Pedro con voz grave: — es un joven bretón que se dice portador de un encargo para el señor marqués.

— Un joven bretón que tiene un encargo para mí... — repitió el marqués. — ¿Cómo se llama ese hombre?

— Jaime. Pero no creo que por ahora pueda el señor marqués sacar nada de él, porque acaba de hacerse romper la cabeza por un individuo que ha huído del hotel saltando por un balcón de los que dan á la Avenida.

— ¿Y lo habéis dejado escapar, imbéciles? — gritó la exuberante Edmée.

Pedro, con gesto noble, mostró la cabeza ensangrentada de Jaime.

— Nos hubiera tratado como á ése; — dijo. — Hemos preferido quedar en disposición de defender á ustedes.

— Que me busquen al doctor; — ordenó el marqués. — A ver, Claudina, y usted también Pauleta, búsqúenme al doctor enseguida; quiero verlos aquí cuanto antes, á él y á la señorita Amy.

Y añadió aparte:

— Me inquieta la tardanza de esa muchacha. . . Cuanto á este hombre... ¡va! Allí se las arreglará de modo que hable pronto.

Claudina, hechá un mar de lágrimas regresó en el momento en que colocaban sobre una banquetta á Jaime desmayado.

— ¡Señor marqués, ah, señor marqués, qué desgracia tan grande! ¡Pronto, pronto, venga por aquí! ¡Han matado á mi señorita!...

Un rugido de leona contestó á estas palabras. Era Edmée que saltó en dirección al cuarto de su hermana.

Las piernas del anciano marqués temblaban, como si se negasen á sostenerle; frío sudor inundaba sus sienes; sentíase débil hasta el punto de que temió caer al suelo, complicando de este modo aún más la situación. Rehízose sin embargo cuanto pudo, y reprimió su primer impulso que fué el de lanzarse en seguimiento de su

pupila. Con tono de calma, aunque disimulando mal la angustia que le dominaba, preguntó:

— ¿Está con ella el doctor?

La camarera, cuya emoción no tenía nada de fingida, contestó al punto:

— Olvidaba decir al señor marqués que el señor doctor me ha encargado que repita estas palabras: «No me es posible apartarme de la señorita. Si algún herido necesita de mis cuidados diga usted al señor marqués que lo haga transportar aquí por un momento.

La mirada del marqués hubo de fijarse entonces en la camarera, cuyo rostro, de pálido que estaba, se puso como la misma grana. Acababa en efecto de darse cuenta de que el ancho escote de su corpiño no estaba oculto por ningún velo, y de que le era imposible esconder las pantorrillas bajo los pliegues de su imprudente falda corta.

— Está bien, — murmuró el anciano con voz seca. — Ahora vaya usted á vestirse de modo más decente.

Y haciendo seña al cocinero y al cochero para que cargasen de nuevo con el cuerpo de Jaime, cuyo síncope continuaba, añadió lacónicamente:

— Síganme ustedes.

Dicho esto dirigióse hacia la habitación en la que acababa de entrar Edmée.

Inclinaron la cabeza los dos criados y, como es de suponer, apresuráronse á obedecer la orden que se les daba, mientras que las dos camareras, la costurera de blanco y la lava-platos se escurrían en silencio para meterse cada una en su cuarto. Todos comprendían que á no mediar algo providencial é insospechado, no tardarían en soportar las consecuencias de la desgracia ocurrida hallándose todos ellos ausentes.